

¿Estudiar o Cuidar? ¿Trabajar en el mercado o trabajar cuidando? Trayectorias educativas y laborales atravesadas por la maternidad y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado¹

Tamara Carboni²

Fecha de recepción: 05/05/2022

Fecha de aprobación: 30/06/2022

Resumen

Este artículo analiza, desde el enfoque de la economía feminista, la incidencia de la maternidad y la consecuente sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en las trayectorias educativa y laboral de mujeres jóvenes marplatenses, a partir del estudio fenomenológico de los recorridos de vida recuperados mediante entrevistas en profundidad.

Palabras clave: JÓVENES - MUJERES - MATERNIDAD -TRABAJO DOMÉSTICO Y DE CUIDADOS NO REMUNERADO - EXCLUSIÓN LABORAL Y EDUCATIVA

Abstract

This paper analyzes, from the perspective of feminist economics, the incidence of motherhood and the consequent overload of unpaid domestic and care work in the educational and labor trajectories of young women from Mar del Plata, based on the phenomenological study of their life paths. retrieved through in-depth interviews.

Key words: YOUTH - WOMEN - MATERNITY - UNPAID CARE AND DOMESTIC WORK - EXCLUSION FROM WORK AND EDUCATION

Presentación

Las investigaciones sobre el colectivo juvenil tradicionalmente han puesto el foco de atención en el análisis de las experiencias que ocurren en el mundo público de las y los jóvenes, presentando una tendencia a considerar de manera implícita a los varones como únicos sujetos de referencia de la juventud. Así, los estudios tradicionales sobre la juventud no solo han homogeneizado al colectivo juvenil, sino que además han presentado un fuerte sesgo androcéntrico. Asociado a esto, también se ha desestimado el estudio de las experiencias que se desarrollan en el mundo doméstico, invisibilizando las prácticas cotidianas que se desenvuelven bajo lógicas patriarcales y que afectan en particular al

¹El presente artículo es resultado del trabajo de investigación de mi tesis de graduación de la Licenciatura en Economía por la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata. Este trabajo de investigación, dirigido por la Mg. Natacha Gentile y la Dra. Romina Cutuli, fue realizado en el marco de mis labores desarrolladas como becaria de investigación (Beca EVC CIN, Beca UNMDP) en el Centro de Investigaciones Económicas y Sociales (CIEyS, FCEyS-UNMDP).

²Licenciada en Economía - Facultad de Ciencias Económicas y Sociales - Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo electrónico: tamaracarboni.18@gmail.com

desarrollo personal de las mujeres jóvenes al extremo en ciertos casos de condicionar sus proyectos de vida (Elizalde, 2006, Berga, 2015). Así mismo, se reconoce que desde la socialización primaria ejerce influencia el esquema heteronormativo socialmente construido que asigna roles específicos a varones y mujeres. Este proceso se consolida en la juventud condicionando construcciones identitarias y proyectos de vida (De León, 2017; Medialdea, 2016; Silveira, 2001). La invisibilización de las mujeres jóvenes como trabajadoras del cuidado no remuneradas implica además que sus problemáticas no resulten contempladas en el diseño de políticas y dispositivos públicos de inclusión. De allí la importancia que supone el aporte de la perspectiva de género aplicada al estudio de las juventudes.

En atención a todo esto se propuso indagar a través de esta investigación en las experiencias que desarrollan en el mundo doméstico mujeres jóvenes de la localidad de Mar del Plata (Buenos Aires, Argentina) y cómo estas inciden en sus oportunidades de inclusión laboral y educativa. La indagación de estas experiencias y sus derivaciones que se desarrollan en el mundo doméstico cobra relevancia por cuanto permite visibilizar la existencia de prácticas cotidianas que se desenvuelven bajo lógicas patriarcales y que afectan al desarrollo personal de las mujeres jóvenes y condicionan sus proyectos de vida. A fin de abordar las diversas situaciones y experiencias que atraviesan a las jóvenes, en esta investigación se propuso como marco de análisis un enfoque feminista, el cual pone en diálogo elementos de la perspectiva de género y de la perspectiva de la interseccionalidad, a la vez que recupera en particular los aportes de la economía feminista, la cual promueve la puesta en valor simbólico y económico del trabajo doméstico y de cuidado realizado, en su mayoría por mujeres.

En particular, a través de esta investigación se propuso analizar, desde el enfoque feminista, la incidencia que tiene la maternidad y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en los proyectos de vida de mujeres jóvenes marplatenses que atraviesan situaciones de exclusión/desvinculación laboral y educativa. Para ello, se construyeron las trayectorias de vida recuperadas mediante entrevistas en profundidad en las que se indagó en la situación laboral, educativa y familiar de mujeres jóvenes marplatenses con distintos perfiles educativos y ocupacionales. Asimismo, se indagó en particular en las experiencias de maternidad y la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado con el propósito de explorar la incidencia de la maternidad y la sobrecarga de estos trabajos en las situaciones de exclusión educativa y laboral de las mujeres jóvenes.

En esta investigación se utilizó una metodología cualitativa y se eligió un diseño de tipo fenomenológico para describir y analizar la problemática desde el punto de vista de las propias mujeres jóvenes y sus experiencias. Así mismo, si bien la recuperación de estas experiencias mediante entrevistas en profundidad pretende otorgar valor y visibilidad a las voces de las entrevistadas, en nuestro caso las mujeres jóvenes, no deben desconocerse los límites que dicha pretensión conlleva, atendiendo a las consideraciones de las posiciones que ocupan en las ciencias sociales investigadores e informantes (entrevistados/as). En ese sentido, el uso que se haga del conocimiento generado será un aspecto sustancial para determinar efectivamente que el método elegido resulte en una "herramienta emancipadora" que contribuya a transformar la realidad en beneficio de las personas informantes (Follari, 2014). En esta línea, se comparten las consideraciones metodológicas presentadas en Cutuli (2019) -recuperando a Spivak (1998)- atendiendo especialmente a aquellas sobre la responsabilidad de la voz autoral de quien escribe sobre

la historia de vida de otras personas y, en ese sentido, atendiendo también a los cuestionamientos ideológicos y metodológicos respecto de las técnicas de investigación sobre la posibilidad de hablar por sí mismos de los sujetos en situación de subalternidad/dominación/sujeción.

En lo que sigue se detallan los principales resultados de esta investigación. En primer lugar, se presentan cuestiones referidas a la organización del cuidado al interior de las configuraciones familiares y como esta se constituye en una sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado para las mujeres, especialmente aquellas que son madres. En segundo lugar, se describe la incidencia que tiene dicha sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, agudizada en los casos de experiencias de maternidad, en las trayectorias educativas y laborales de las mujeres.

I. Trabajo doméstico y de cuidados no remunerado: las ataduras domésticas

“...Es que prácticamente estoy todo el día con los nenes... más me demanda mucho tiempo el bebé... como no lo viene a buscar mucho el padre y eso... o sea, es imposible, ponele, hacer algo...”

(Karen, 21 años, 3 hijas/os)

I.I. Organización social del cuidado

La economía feminista utiliza el concepto de economía del cuidado para estudiar la organización del cuidado en la sociedad y el lugar que ello ocupa en el funcionamiento del sistema económico. Asociar el concepto de “cuidado” al de “economía” implica hacer foco en los aspectos del ámbito de los cuidados que contribuyen a la generación de valor económico. En ese sentido, se estudian todas las actividades que se desarrollan en el espacio donde la fuerza de trabajo se reproduce y se mantiene, incluyendo todas las actividades de mantenimiento del hogar y de atención a sus miembros, las tareas de crianza de niñas y niños, así como también las del cuidado de personas dependientes - adultas/os mayores, enfermas/as o personas con discapacidad-. En una definición más amplia, al referirse a economía del cuidado se incluyen además a los servicios extra-hogar, conformados por la provisión pública y privada de servicios de cuidado (Rodríguez Enríquez, 2007).

El trabajo doméstico y de cuidados no remunerado realizado al interior de los hogares, es el factor central, aunque no el único del proceso de reproducción social. Las actividades domésticas y de cuidados no remuneradas contempladas en el estudio de la economía del cuidado, pueden definirse de acuerdo al criterio de la tercera persona, según el cual se consideran todas las actividades que se desarrollan por y para los miembros del hogar que pueden delegarse en otras personas y que producen bienes o servicios pasibles de ser mercantilizados, diferenciándose así de actividades de cuidado personales que cada persona realiza para sí como comer o lavarse y actividades recreativas como escuchar música o ver la televisión (Rodríguez Enríquez, 2007).

El trabajo de cuidado no remunerado depende de las relaciones interpersonales entre quien brinda y quien recibe los cuidados las cuales se originan de diversas maneras: en primer lugar, relaciones en las que las personas que reciben podrían proveerse a sí mismas, pero lo demandan de otra persona por razones culturales, económicas o sociales; en segundo lugar relaciones en las que la persona que recibe no puede proveerse a sí misma -adultas/os mayores, enfermas/as o personas con discapacidad- y en tercer lugar existen también relaciones recíprocas, espontáneas, sin patrón de continuidad (Gardiner, 1997 citado en Rodríguez Enríquez, 2007). Pese a que las actividades de cuidado se desarrollen

comúnmente en el marco de relaciones interpersonales, en las que es socialmente esperable que exista un vínculo de afecto y respeto, se advierte también que *“el trabajo de cuidado puede hacerse de manera indeseable, bajo presiones sociales, culturales, psicológicas o incluso violencia física”* (Rodríguez Enríquez, 2007: 184).

La provisión social del cuidado, que se constituye como eje central en el proceso de reproducción social y sostenibilidad de la vida, puede diferenciarse según el tipo de provisión sea intra-hogar o extra-hogar. Por un lado, la provisión intra-hogar la realizan fundamentalmente las familias y al interior de ellas las mujeres son las principales proveedoras de cuidado. Por otro lado, la provisión extra-hogar se compone por la oferta pública provista desde el Estado y la oferta privada de servicios de cuidado que se ofrecen en el mercado (Rodríguez Enríquez, 2007). El acceso a servicios privados de cuidados se ve limitado para amplios sectores de la población que no pueden afrontar los elevados costos que estos servicios representan en sus presupuestos. En ese sentido, en los hogares donde es posible contratar personal de casas particulares para tareas domésticas y de cuidados las mujeres cuentan con más tiempo y mejores oportunidades disponibles para la inserción en el mercado de empleo y el acceso a mejores ingresos. En cambio, en aquellos donde estos servicios no son accesibles, las mujeres se ven atrapadas en el círculo vicioso inverso, construyen estrategias que derivan en su inserción nula o intermitente y precaria en el mercado de empleo, a menudo trabajando desde el propio hogar, lo que deriva en ingresos deficientes que limitan sus posibilidades de acceder a dichos servicios de cuidado (Rodríguez Enríquez, 2007).

La provisión pública de servicios de cuidado incluye a la educación pública, el sistema de salud pública, servicios de cuidado infantil, de personas mayores, enfermas y otras personas dependientes (Rodríguez Enríquez, 2007). En relación al cuidado infantil, Cutuli y Aspiazu (2015) advierten que la provisión de servicios públicos de cuidado infantil es escasa en la Argentina y esto da cuenta del carácter familiarista, privatizado y feminizado del cuidado infantil. En términos generales, se observa en nuestro país un deterioro en los servicios públicos de cuidado existentes y una ausencia absoluta de una política pública de cuidado. En ese sentido, *“la premisa pareciera ser que ésta es una responsabilidad fundamentalmente de los hogares, y la provisión extra-hogar es simplemente un complemento para ayudarlos”* (Rodríguez Enríquez, 2007: 188).

Las políticas de cuidado en Argentina tienen mayormente un carácter “pasivo” que refuerza la familiarización, privatización y feminización del cuidado. Siguiendo la clasificación propuesta por Cutuli y Aspiazu (2015), se entienden como políticas “pasivas” de cuidado aquellas en que el Estado ofrece una compensación económica a las personas que se dedican al cuidado -generalmente mujeres- por las dificultades que ellas tienen para conciliar trabajo remunerado y trabajo de cuidado no remunerado, sin aportar a una efectiva inserción para ellas en el mercado de empleo. En cambio, se entiende como políticas “activas” de cuidado aquellas que promuevan la desfamiliarización y desfeminización del cuidado infantil, una distribución de género más igualitaria en las protecciones y permisos laborales que, junto a una red de instituciones públicas, termine por ofrecer mejores oportunidades en el mercado de trabajo para las mujeres. Son ejemplos de políticas “pasivas” de cuidado los programas de transferencia condicionada en la medida en que son transferencias monetarias que tienen como principales destinatarias mujeres-madres y exigen como contraprestación el cumplimiento de obligaciones asociadas al cuidado -educación y salud, por ejemplo- (Cutuli y Aspiazu, 2015). Estos programas se caracterizan por reforzar los roles de género y se consideran

‘maternalistas’ por acentuar el cuidado como una responsabilidad femenina (Franzoni y Camacho, 2007).

Así mismo, en relación a las políticas de cuidado asociadas al mercado de trabajo se destaca que en las políticas conciliatorias entre trabajo remunerado y trabajo de cuidado persiste la perspectiva de la protección a la maternidad. Esto ha reforzado la feminización de las protecciones y la consecuente situación de discriminación de las mujeres en el mercado de trabajo (Cutuli y Aspiazu, 2015). En ese sentido, y en línea con lo planteado por Franzoni y Camacho (2007), las protecciones además de feminizadas, se encuentran reforzando situaciones de vulnerabilidad y desigualdad social en la medida en que excluyen a los trabajadores informales y cuentapropistas (Cutuli y Aspiazu, 2015). Por su parte, Franzoni y Camacho (2007) advierten que no existen medidas concretas dirigidas a conciliar trabajo remunerado y cuidado, esto es, medidas que promuevan la efectiva “conciliación” entre trabajo familiar y trabajo remunerado, independientemente de la condición socioeconómica de las mujeres y de sus situaciones frente al mercado laboral (sean trabajadoras formales o no) y que vayan más allá de la condición de maternidad (políticas no necesariamente dirigidas a mujeres madres). En esta línea, se advierte que los avances en materia de derechos de conciliación han estado representados por un sistema de protección casi exclusivamente dirigido a trabajadoras mujeres-madres (Cutuli y Aspiazu, 2015).

En suma, la economía de cuidado se ha ido configurando de forma tal que en su infraestructura se destaca un carácter familiarista, privatizado y feminizado. Los hogares son los principales responsables de proveer cuidado a través del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado realizado, principalmente, por las mujeres de la familia. Al interior de los hogares, las responsabilidades domésticas y de cuidado se distribuyen de acuerdo a las relaciones intra-familiares -que son asimétricas y jerárquicas- que se ordenan en base a las variables de género y generación. En ese sentido, la organización familiar del cuidado continúa estando ligada a una distribución tradicional de los roles de género que deriva en un deterioro de la calidad de vida de las mujeres. Así se advierte que esto continuará de ese modo en la medida en que no se contemple la necesidad de una política pública integral de cuidado que coordine las acciones de los hogares, el mercado y el Estado en lo que refiere a su participación en la resolución colectiva de la reproducción social (Rodríguez Enríquez, 2007).

I.II. División sexual del trabajo y distribución del trabajo doméstico: la “revolución estancada”³

La división sexual del trabajo es entendida como la especialización de mujeres y varones en distintos tipos de trabajos: el trabajo reproductivo y el trabajo productivo, respectivamente. De ese modo, se asignan actividades y roles específicos en el caso de las mujeres los relacionados con la esfera doméstica y el mundo de lo privado, y en el caso de los varones los relacionados con la esfera mercantil y el mundo público (Esquivel, 2012a). De ese modo, bajo una construcción social basada en prácticas patriarcales hegemónicas, existe la creencia generalizada de que las mujeres se encuentran mejor dotadas para realizar el trabajo reproductivo o trabajo de cuidados, en principio de las niñas y niños, y por extensión al resto de miembros del hogar (Rodríguez Enríquez, 2007).

³ Hochschild, A. (1989) *The second shift*. New York: Viking. Wainerman, C. (2005) *La vida cotidiana en las nuevas familias, ¿una revolución estancada?* Buenos Aires: Lummiere.

El hecho de asociar la actividad masculina al mundo mercantil y productivo, mientras se asocia a la actividad femenina con el mundo familiar y doméstico, ha contribuido a invisibilizar el aporte al bienestar familiar y social tributado por el trabajo realizado por las mujeres.

“La producción de bienes y servicios que tiene lugar en la esfera familiar, o que se encauza a través del trabajo no remunerado, no tiene visibilidad pública ni en los registros laborales, por lo cual ha tendido a considerarse como no-trabajo, según la clásica asociación entre trabajo y empleo remunerado” (Arriagada, 2007:59).

Autores como Williams (2000, citado en Rodríguez Enríquez, 2007) hablan de domesticidad para referirse a este proceso de especialización, que es social y cultural, y que ocurre al tiempo que se escinden las esferas de producción y reproducción, y se excluye a las mujeres del mercado laboral. El sistema de domesticidad se encuentra determinado por lo que se ha denominado “norma del trabajador ideal” en la que la unidad de producción demanda un trabajador a tiempo completo, que necesariamente está exento de asumir responsabilidades de cuidado y además requiere servicio para atender sus propias necesidades de cuidado, demandando así un flujo disponible de trabajo doméstico. De ese modo, la domesticidad adjudica tanto a mujeres como a hombres a cumplir determinados roles, en donde el varón, “trabajador ideal”, es responsable de sostener económicamente el hogar, y la mujer es la responsable de proveer el cuidado (Rodríguez Enríquez, 2007).

Por otra parte, la incorporación de las mujeres al mercado laboral, que da lugar a la ocurrencia de la doble jornada femenina, comenzó a aumentar luego de la crisis de los años 80 en un contexto de inseguridad económica, flexibilización de los contratos y despidos, caída en las remuneraciones, disminución de los beneficios sociales entre otros y se hizo presente principalmente en los estratos socioeconómicos bajos y medios como consecuencia de la búsqueda de ingresos adicionales por parte de los hogares que vieron deteriorados sus ingresos reales a raíz de la crisis, dado el aumento de desocupación de jefes varones y deterioro general de las condiciones de empleo de los miembros ocupados. Este proceso de incorporación de las mujeres al mercado de empleo puso de manifiesto la ausencia de un Estado que asuma parte de la responsabilidad colectiva en el cuidado, dado que no se asistió en la necesaria reconfiguración de la economía del cuidado. En efecto, la variable de ajuste la constituyeron el tiempo y la calidad de vida de las mujeres (Rodríguez Enríquez, 2007).

Se advierte que la mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral dio lugar a la ocurrencia de la doble jornada femenina dado que las mujeres continúan siendo las principales encargadas de las tareas domésticas y de cuidados. Además, si bien los varones han comenzado a comprometerse con algunas de las tareas relacionadas al cuidado y las tareas domésticas, lo han hecho con menos frecuencia e intensidad. En efecto, se siguen reproduciendo en la actualidad los patrones de género que producen desigualdades entre mujeres y varones, manteniéndose la configuración del hogar de tipo patriarcal (Castilla, 2011). En ese sentido, “así como la mayor inserción de las mujeres en el empleo no modificó las expectativas respecto a sus responsabilidades domésticas, tampoco disminuyó las expectativas de que los hombres sean los proveedores del hogar” (Rodríguez Enríquez, 2007: 186). A pesar de lo que parecería ser una conquista de nuevas fronteras significando un mayor empoderamiento y autonomía, el fenómeno de incorporación de las

mujeres al mercado de trabajo, siendo ahora responsables de proveer un ingreso económico, a la vez que continuaban siendo las responsables de las tareas del hogar y del cuidado, se constituye como una sobrecarga, una vez más sobre las mujeres (Castilla, 2011).

Como síntesis de lo anterior, podemos decir que la mayor incorporación de las mujeres en la esfera pública, ocurrida en el marco de un aumento en la participación de las mujeres en el mercado de empleo, no ha tenido su correlato proporcional en el aumento de la participación de los varones en la esfera doméstica, y por lo tanto no ha significado un mayor equilibrio en las relaciones de género en la vida privada. Además, dichas transformaciones tampoco han significado un acrecentamiento en el nivel de autonomía de la mujer como sujeto individual en la vida pública (Castilla, 2011; Levín et al., 2007; Wainerman, 2007).

Esta situación es analizada por la socióloga Arlie Russell Hochschild quien describe que las mujeres se encuentran atascadas en el “punto muerto en la revolución del género”, teniendo que enfrentar la sobrecarga de trabajo que representa doble jornada femenina. La “revolución” la constituye la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo, y actualmente se encuentra en un “punto muerto” dado que dicho proceso no ha sido acompañado por una transformación estructural en el ámbito laboral que permita, por ejemplo, una mayor flexibilidad de horarios, y, además, porque culturalmente no alcanzamos como sociedad una mayor participación de los hombres en las tareas del hogar y de cuidado (Hochschild, 2011). En el mismo sentido, Wainerman (2007), retomando el concepto de “stalled revolution”⁴, explica que se trata de una revolución estancada en la medida que en la esfera privada continúa subsistiendo la inequidad de género mucho más de lo que se logró avanzar en la esfera pública.

I.III. Trabajos que sostienen la vida

En línea con lo planteado por las teóricas de la economía feminista (Rodríguez Enríquez, 2015; Pérez Orozco, 2012; Carrasco, 2006, Esquivel, 2012a) centramos el foco de análisis en los procesos que sostienen la vida y es por ello que en esta sección se describirán, desde las expresiones de las jóvenes entrevistadas, las actividades diarias que refieren a las tareas domésticas y de cuidados a las que ellas dedican su tiempo. Se corrobora, tal como lo plantea Rodríguez Enríquez (2007), el predominio de una distribución tradicional según roles de género al interior de la organización familiar del cuidado. De ese modo, y como veremos en lo que sigue, se constata lo explicitado por la autora en el sentido de que las responsabilidades domésticas y las responsabilidades de cuidado se distribuyen al interior del hogar, en la mayoría de los casos, con una lógica asimétrica que pone de relieve desigualdades de género presentes en las relaciones intra-familiares.

Según la Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo (INDEC, 2014a), a nivel nacional, la tasa de participación en el trabajo doméstico no remunerado (que incluye quehaceres domésticos y actividades de cuidado) es de un 74,2% y se eleva a un 88,9% para el caso de las mujeres mientras que desciende a un 57,9% para el caso de los varones. Así mismo, los datos relevados en dicha encuesta permiten advertir la brecha de tiempo destinado por varones y mujeres a la realización del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Mientras que los varones destinan en promedio poco más de 3 (3,4) horas diarias, las mujeres destinan en promedio el doble (6,4) de horas diarias. En un análisis más

⁴ Concepto empleado en Hochschild (1989) *The second shift*. Avon Books. Nueva York. Citado en Wainerman C. en Carbonero Gamundí y Levín (2007)

desagregado, la encuesta muestra que, si bien la brecha en las tasas de participación de varones y mujeres es más evidente en las actividades que tienen que ver con los quehaceres domésticos (mientras que la tasa de participación en los quehaceres domésticos de los varones es de un 50,2% la de las mujeres es de un 86,7%), la brecha en los tiempos promedio destinados resultan más evidentes en las actividades de cuidado (mientras que en promedio los varones destinan 3,8 horas, las mujeres destinan 6 horas diarias al cuidado de personas). Por su parte, la Encuesta a Jóvenes a nivel Local (EJoL-2014) muestra para el caso del Partido de General Pueyrredón que 4 de cada 10 jóvenes participan de actividades de cuidado (39,2%). Dentro del grupo de mujeres este valor se eleva al 43,3% y al interior del grupo de varones se reduce al 35,0%. Respecto de los quehaceres domésticos lo que muestra esta encuesta es que 9,5 de cada 10 jóvenes participan de ellos (95,3%). Este valor se eleva al 98,1% para el grupo de mujeres y cae poco hasta el 92,3% en el caso de los hombres (Gentile, 2018).

Las tareas domésticas y de cuidado forman parte, en mayor o menor medida, de nuestra cotidianeidad. Cuando nos referimos al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado incluimos todas las actividades domésticas (quehaceres domésticos) y las actividades de cuidado (de ancianos, niños y personas dependientes) que se realizan en la esfera del hogar, es decir, en el mundo de lo doméstico, y que no son remuneradas. La Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo (INDEC, 2014b) muestra, a nivel nacional, la desigual distribución porcentual del tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado entre varones y mujeres: son las mujeres las que se ocupan del 76% del total del tiempo dedicado a este trabajo, mientras que los varones se hacen cargo apenas del 24%.

En muchas ocasiones, las mujeres se ven relacionadas con el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado desde que son niñas. Desde la socialización primaria, la que ocurre en el entorno familiar durante la niñez, muchas veces se reproducen desigualdades de género en relación a la distribución de dicho trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, y es por ello que a menudo, son las hijas mujeres, y no los hijos varones, las que colaboran desde niñas en sus hogares con dichas responsabilidades.

“sí yo era la que más ordenaba el cuarto, las camas de mis hermanos, era la que organizaba eso...” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

“Ahí yo sola estaba solamente viviendo con mi mamá... Y yo me ocupaba prácticamente de la limpieza digamos de lavar los platos y mi mamá cocinaba yo y lavar los platos y hacer mi cama.” (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

“Si más que todo a Matías, al más chiquito. Si porque yo tenía 13 o 14 años y mi mamá trabajaba también entonces me lo dejaba a mí y ella se iba a trabajar y mi papá también trabajaba. Me ocupaba de los dos más chicos en realidad”... “en realidad éramos los dos más grandes, pero mi hermano más grande se lavaba las manos y se iba por ahí...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“Sí, sí, yo era... porque yo ponele que llegaba del colegio, me tenía que quedar con mi hermanito. Y me encargaba de lavar las cosas, todo lo que se tiene que hacer en una casa. Y me quedaba todo el día con él. Nosotros dos solos.” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

“trabajaban los dos y prácticamente yo estaba sola con mi hermana. Yo estaba con ella, la cuidaba yo...” (Karen, 21 años, 3 hijas/os)

Las jóvenes madres relatan sus acciones diarias, desde que se levantan por la mañana hasta que se van a dormir por la noche, en referencia a las actividades de los hijos e hijas. Por lo tanto, su quehacer cotidiano se basa principalmente en tareas que se corresponden con las responsabilidades de cuidado y las responsabilidades domésticas implicadas. Desde la perspectiva de la economía feminista, las actividades que estas mujeres realizan cobran un rol central por ser las tareas domésticas y de cuidado que ellas realizan las que sostienen la vida de los integrantes de su familia. Como veremos a continuación, en muchos de los casos, el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que ellas realizan son las que permiten la crianza cotidiana de sus hijos y, así mismo, favorecen condiciones de bienestar cotidiano adecuadas para la vida diaria de toda su familia. En ese sentido, las actividades que ellas realizan son también las que permiten que sus hijos se instruyan y eduquen y que otros integrantes de sus familias accedan al mercado de empleo y dediquen su tiempo a trabajos remunerados.

En relación a esto último, la Encuesta sobre Uso del Tiempo en la Ciudad de Buenos Aires UT-CABA 2016 (DGEyC, 2017) muestra que son más las mujeres que los varones las que dedican su tiempo a participar de trabajo doméstico no pago (90,2% las mujeres frente a 82% los varones) y trabajo de cuidado no remunerado a miembros del hogar (30,8% las mujeres frente a 21,3% los varones). Estas brechas se evidencian aún más en la indagación de la cantidad de horas destinadas en promedio por varones y mujeres a distintos tipos de trabajo. Mientras que los varones destinan en promedio casi una hora y media más que las mujeres al trabajo para el mercado, destinan casi dos horas menos que las mujeres al trabajo de cuidado no remunerado a miembros del hogar y casi una hora y media menos que las mujeres al trabajo doméstico no pago. Lo que se evidencia a partir de estos datos es que, teniendo en cuenta ambos tipos de trabajo, las mujeres tienen jornadas mucho más prolongadas que los varones y contribuyen con sus jornadas de trabajo diarias más que lo que lo hacen los varones. En suma, se advierte la persistencia de lo que Esquivel (2012b) señala respecto a que las diferencias en los tiempos promedio destinado a actividades de cuidado entre madres y padres están mucho más explicadas por las brechas en los tiempos por cada miembro que por diferencias sustanciales en las tasas de participación.

Las actividades de cuidado y las actividades domésticas realizadas por las mujeres además de ser no remuneradas resultan invisibilizadas en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, además de no ser reconocidas como trabajo, se desconoce su aporte al bienestar social (Pérez Orozco, 2006; Rodríguez Enríquez, 2007; Feijoó, 2015; Batthyány et al., 2012; Dávila Rivas, 2017; De León, 2017; D'Alessandre, 2013; Miranda, 2015).

A modo de desagregar el análisis sobre el trabajo doméstico no remunerado, en lo que sigue se presentan, por un lado, las actividades de cuidado -más específicamente vinculadas al cuidado de niñas y niños- y, por otro lado, los quehaceres domésticos -más vinculados al mantenimiento del hogar y de las condiciones de posibilidad para el cuidado-. Las principales actividades de cuidado mencionadas por las entrevistadas que son madres son: hacer el desayuno, levantarlos, darles de comer, bañarlos/vestirlos, llevarlos/buscarlos al jardín/escuela, ayudarlos con las tareas de la escuela. A continuación, se detalla, en palabras de las entrevistadas, la descripción de las actividades de cuidado que ellas realizan diariamente.

“Y yo arranco tipo 9:30 o 10. Les hago la leche. Eh los levanto....después si llega el horario que tiene que ir al jardín, tengo que buscar qué comer”... “otro ratito o afuera a jugar, o si no los traigo una plaza, si está lindo y ya tipo 3, 4 lo hago dormir al más chiquito porque duerme siesta...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“preparo el desayuno... siempre le pongo los dibus... “mami me pones los dibus mientras hacés el desayuno?” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

“se despierta tipo 10, y me despierta en realidad, ‘mamá dale levántate’ a los gritos, ‘la leche, la leche’ te empieza a decir... le hago la leche”... “lo llevo a veces a la plaza o salimos a algún lado”... “le doy la merienda...le preparo la ropa... y come y ya lo acuesto...” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

“...desayunar con los chicos”... “estar con los chicos, los ayudo con los módulos...” (María, 28 años, 4 hijas/os)

“a las 9 se levanta él (el hijo más grande), me despierta a mí, le doy la teta al nene, me levanto, los cambio, le hago el desayuno y le doy la teta al otro”... “Después lo llevo al jardín”... “merendamos, los baño, les doy la comida” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

“...me levanto yo y preparo el desayuno tanto como para mí, para mi mamá y para mis hijas. Ahí las cambió cuando apenas se levantan. Les pongo todo el conjunto para que vayan a la escuela, desayunamos... Después de ahí yo las llevo a la escuela”... “Hasta que ya mi otra hija sale, porque son dos horas nomas así que voy a buscar a mi hija más chiquita. Vuelvo a mi casa... le doy algo de comer o si quiere algo, le doy. Después de ahí la baño y ya después de ahí salgo a buscar mi otra hija”(Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

En el caso de las jóvenes que no son madres se observa que, si bien tienen vínculo con actividades de cuidado por cuidar a niñas y/o niños que no son sus hijas/os, se evidencia que la responsabilidad de cuidado no recae sobre ellas y, consecuentemente, la magnitud que las tareas domésticas y de cuidado tienen en su quehacer cotidiano es muy diferente en relación a lo expresado por las mujeres que son madres.

“si a ellos (sobrinos) también los cuido, van a mi casa. El más chiquito está todo el tiempo atrás mío, así que está casi todos los días un rato en mi casa, que es cuando yo voy a limpiar así que está ahí haciéndome compañía.” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

“por ahí cuido a mi prima... y así (silencio)” (Carolina, 20 años, sin hijas/os)

La Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo (INDEC, 2014a) evidencia que la tasa de participación de las mujeres en el trabajo doméstico no remunerado, que incluye actividades de cuidado y quehaceres domésticos, es mayor para el caso de mujeres en hogares con presencia de niños menores de seis años (alrededor de un 95%) en relación a las mujeres de hogares sin presencia de niños menores de seis años (aproximadamente de un 86%). Esto resulta más evidente si analizamos los tiempos dedicados en ambos casos. Mientras que las mujeres de hogares sin presencia de niños menores de seis años dedican en promedio cinco horas al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, las mujeres que conviven con niños menores de seis años dedican en promedio entre nueve y diez horas (casi cinco horas más). Por su parte, la Encuesta a Jóvenes a nivel Local (EJoL-2014)

muestra para el caso del Partido de General Pueyrredón que un 39,2% de los jóvenes participan en actividades de cuidado, sin embargo, entre los jóvenes que tienen hijos (varones o mujeres) este valor aumenta al 94,4% y se reduce al 28,1% en el caso de los jóvenes que no los tienen. Además, esta encuesta evidencia que mientras el 100,0% de las mujeres que tienen hijos realiza actividades de cuidado este valor se reduce al 80,0% para el caso de los varones en igual situación (Gentile, 2018).

En ese sentido, esta diferencia se evidencia en las expresiones y sentimientos de las jóvenes, en las cuales, para el caso de las mujeres que son madre, resulta evidente cómo la magnitud de las responsabilidades domésticas y de cuidado derivan, como veremos más adelante, en situaciones de sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado.

Por otra parte, las principales actividades domésticas mencionadas por las jóvenes entrevistadas son: ordenar, limpiar, cocinar, lavar los platos, hacer las compras. Todas estas tareas o quehaceres domésticos están implicados en las actividades de cuidado antes mencionadas. A continuación, se detalla, en palabras de las entrevistadas, la descripción de estas actividades que ellas realizan diariamente.

“Y me pongo a ordenar... las piezas, las camas... limpiar”... “después cocinar mientras ellos están dando vueltas y él (su marido) está en el sillón ponele”... “Y después bueno a dejar todo limpio, otra vez lavar los platos mientras ellos también siguen dando vuelta” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“...después ya automáticamente me pongo a pensar que almorzar... porque llega la hora de cocinar”... “en esas horas me voy a hacer las compras”... “me quedo limpiando...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

“yo ya me levanto tipo me pongo a limpiar u ordenar un poco”... “yo, o sea, me levanto, ordeno, llega la hora de la comida”... “Y bueno, después ya llega la hora de que ya empiezo a ver la hora de la comida mientras, o sea que Toto se tiene que estar bañando.” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

“...con el papá hacemos las compras... después llega el mediodía y cocino yo, o cocina el padre, o a veces cocina la abuela... el que esté menos complicado lo hace...” (María, 28 años, 4 hijas/os)

“...voy a mi casa, ordeno y después estoy toda la tarde acá en la casa de mi mamá.” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

“...Y ahí esperó mientras espero la hora del mediodía limpio, ordenado, dejó la casa acomodada” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

“Después de ahí me vengo para mi casa, limpio todo lo que más puedo” (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

“...a partir de las 5:00 de la tarde, ya es todo cancha y después antes de las 5 sería ordenar y tomarme tiempo y no sé” (Carolina, 20 años, sin hijos/as)

“...y después ya me levanto limpiar”... “y después hago de comer...” (Karen, 21 años, 3 hijas/os)

Como puede observarse, tanto las actividades de cuidado como los quehaceres domésticos responden a necesidades que son generalmente inflexibles -no desaparecen de un día para otro- y tienen un fuerte carácter repetitivo y rutinario (Arendt, 2016). En ese sentido, los horarios y la organización de estas tareas en determinadas horas del día resultan un factor importante en las dinámicas cotidianas (Esquivel, 2012b). En línea con esto, algunas de las jóvenes expresan la necesidad de armar una “rutina” en el quehacer

cotidiano de sus actividades. La tarea de organizar estas actividades constituye en sí misma un trabajo de planificación que deriva en una “carga mental” (Balbo, 1979) vinculada también a la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado.

“bueno tratamos de mantener una rutina, pero...bueno a veces se va y nos acostamos un poquito más tarde...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)
“eso también aplicar una rutina para el despertarse, el jugar y el comer” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

Así mismo, una de las entrevistadas manifiesta que la organización de sus tareas diarias es una rutina que “la arma” su hijo.

“el nene, o sea, vas como a la rutina que va armando la bendición (risas), ‘la bendi’ ...o sea, cómo es... la rutina te la arma él...o sea, yo llevo un horario con él... no sé a tal hora se come, ponele, pero es como que él mismo te va demandando” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

Por otra parte, las mujeres recurren a distintas estrategias para organizar su tiempo y las responsabilidades domésticas, y en especial, las de cuidado, y, así, aparecen elementos que refieren a redes o estrategias de cuidado en las que participan distintas mujeres del entorno de las jóvenes. En esas redes de cuidado, las mujeres colaboran entre sí para alivianar la carga de cuidado o solucionar alguna necesidad puntual en la organización del tiempo que requiere esta tarea. En algunos casos son las jóvenes entrevistadas las que asisten a cuidar a otros niños/as de su entorno cercano.

“yo a la que le voy a cuidar a los nenes es mi vecina..., que ella trabaja en un geriátrico y ella no tiene problema de que lleve a los nenes, así que... voy con ellos... a veces hay cosas para limpiar y yo le limpio de onda porque la entiendo por eso, porque también está separada y entonces... y yo le doy una mano a ella, porque la entiendo, porque yo también tengo tres hijos y se complica.” (Karen, 21 años, 3 hijas/os)
“...Bueno al ser de mis hermanas la única que no trabaja remuneradamente fijo porque bueno como que es algo que es esporádico y ellas me tienen como un poco en cuenta para que cuide a mis sobrinas, tengo dos sobrinas, entonces como que si pueden traérmelas un ratito las cuido y nada, a mis sobrinas, también tratamos de que mucho no, porque como que estamos en la misma con mis hermanas de saber cómo es estar todo el día con un hijo y al cuidado y con las tareas, con todo lo que conlleva... pero bueno, siempre que lo necesitan y puedo...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

En relación a estas experiencias se advierte que la fijación en el rol doméstico refuerza la sobrecarga de trabajos de cuidado. En ese sentido, el hecho de ocupar previamente el rol de cuidadoras pareciera habilitar a la naturalización de este rol y derivar en situaciones de sobrecarga. Así mismo, esta situación en que se normaliza la fijación en el rol doméstico y de cuidadoras de las mujeres parece asistir a aquella construcción social en torno a la idea beckeriana de la especialización de las mujeres que ya son madres y que, por tanto, serían más eficientes criando a siguientes hijos/as en lugar de compatibilizar la crianza de un hijo y un empleo, razonamiento más descriptivo que explicativo. Por otra parte, en otros

casos son las entrevistadas las que solicitan la colaboración de otras mujeres para cuidar a sus hijos en determinadas ocasiones.

“... todo ese tiempo estuvo al cuidado de mi mamá cuando yo me iba a trabajar al hotel...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

“bueno a veces se lo lleva a mi mamá... porque ya estoy colapsada y, o ponele para poder hacer una limpieza a fondo de la casa, se lo ha llevado mi mamá para que yo lo pudiera hacer... cuento con esa ayuda de que sé que si necesito o no sé o hacer algo para mí... ponele que jodo a mi mamá” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

“Mi mamá me ayuda con mis hijas, o se queda con una y yo voy a llevar la otra a terapia”... “también tengo la ayuda de esa... mi mamá se queda con las nenas, yo los fines de semana, cuando ellas se van, a veces me quedo estudiando...” (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

“...y las 2 o 3 horas que quedan colgados a la tarde me los iba a cuidar mi prima, que yo le pagaba a ella... Porque claramente ella necesita la plata y además es la madrina del nene y es a la que más confianza le tengo...” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

Así mismo, algunas de las expresiones de las jóvenes hacen referencia a este tipo de estrategias o redes de cuidado que se desplegaban en el momento en que ellas eran niñas y requerían de asistencia y cuidado. En estos casos en particular, dos de las entrevistadas refieren a que sus hermanas, también mujeres, colaboraban en las tareas de cuidado que a ellas involucraban.

“...mi hermana más grande y la segunda haciendo bastante de madres mías”... “mi hermana más grande tuvo bastante el peso... bueno las dos más grandes, la tercera no tanto, del cuidado sobre mí, sobre todo...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

“mi mamá también trabajaba y me cuidaba mi hermana. Porque mi hermano más grande, no estaba casi nunca. Y cuidaba a mí y a mi hermanito me acuerdo, que era chiquito en ese tiempo...” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

Por otra parte, en la descripción de las actividades diarias que realizan algunas de las jóvenes entrevistadas se puede observar algunos sucesos del quehacer cotidiano en donde la distinción de roles según género cobra relevancia. En general, en las familias en las que las jóvenes conviven con su pareja, padre de sus hijos, se observa que los hombres dedican muy poco tiempo al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Su implicación en estas tareas a menudo se reduce a asistir en el cuidado de los y/o las hijos/as mientras que la mujer continúa realizando labores domésticas. En ese sentido, se observa en las descripciones que el padre juega con sus hijas/os mientras la madre, por ejemplo, cocina o prepara la merienda. De ese modo, la implicación de los hombres en las tareas del hogar y tareas de cuidado se ven reducidas a alguna “colaboración”, en el mejor de los casos, que muchas veces tiene que ver con la parte lúdica de la crianza.

“... y bueno, después cocinar mientras ellos están dando vueltas y él (su marido) está en el sillón ponele, a veces se pone a jugar con los nenes...mientras yo cocino” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“Claro, él (su marido) llega a las 6, y de 6 a 9 o 10 lo ve. ¿Entendés?, entonces, como que no entiende ese momento de que... yo digo que

quiero dormir... Y hemos tenido nuestros roces de la crianza de decir 'loco, ocupate vos un poco' como que decís 'quiero respirar'..." (Débora, 26 años, 1 hija/o)

En relación con estas expresiones de Débora es posible analizar, desde la perspectiva de las mujeres, su grado de satisfacción o insatisfacción en relación a la distribución de las tareas domésticas y de cuidado no remuneradas. En esa línea, Cutuli (2019) retoma el concepto de "percepción de justicia" para explicar el modo en que, de acuerdo a distintas apreciaciones sobre los roles socialmente asignados, existen diversas consideraciones sobre lo que es justo o lo que no es justo. En este sentido, se puede observar en las expresiones de Débora cierta transición de la naturalización al conflicto en torno a la desigualdad. El hecho de que ciertos arreglos entre su pareja y ella sean naturalizados en función de lo aprehendido desde la socialización primaria no constituye en sí para ella una situación justa. Así mismo, tal como plantea Cutuli (2019), pueden presentarse situaciones en las que una distribución desigual del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado sea percibida como justa, o viceversa. En ocasiones, la percepción de justicia suele aparecer cuando los hombres se implican en tareas que asiduamente realizan las mujeres. En esa línea, la situación en la que su pareja se involucra en tareas como cocinarle al hijo y cuidarlo -típicamente femeninas- mientras ella trabaja fuera del hogar aparenta ser un arreglo más igualitario -aunque en el todo persista una situación de desigualdad- y es considerada por ella como una situación más justa.

"ponele, no sé, yo me iba a trabajar, entonces él (su marido) se tenía que ocupar de ver que le cocinaba, que comían, cuidarlo, estar pendiente de él (su hijo). En cambio, ahora es como que él se relajó más, viste como 'bueno estás vos'... como que yo tengo que llevar todo, digamos. Entonces, a veces discutimos porque es como 'che es re fácil llegar, sentarte a comer, a acostarte y listo'"... "vio al padre toda la vida hacer eso, entonces para él es normal, para él es normal que yo esté acá haciendo las cosas. Para él es normal que yo tenga que lavarle la ropa, para él es normal que yo me ocupé del nene" (Débora, 26 años, 1 hija/o)

Por otra parte, recuperando lo planteado por Esquivel (2012b), se advierte que aún en casos en que ambos progenitores trabajan remuneradamente continúan siendo las mujeres quienes dedican más tiempo tanto al trabajo doméstico como al trabajo de cuidados, lidiando con la "conciliación", mientras que los hombres priorizan las extensas jornadas de empleo y desentendidos/desvinculados de sus responsabilidades de cuidado no dejan espacio para hacerse cargo de éstas. Así mismo, en las conversaciones con las jóvenes aparece otro elemento de la distinción por roles de género, que hemos mencionado, y es que, en la mayoría de los casos, la implicación de los hombres, tanto en las tareas domésticas, como en las tareas de cuidado, se ven reducidas a una "ayuda" -y muchas veces, como mencionamos, en los casos en que son padres vinculada a la parte lúdica de la crianza-, expresada en ese mismo término por parte de las jóvenes.

"... ahora estoy yendo (a trabajar) con el bebe solo, las nenas se quedan con su papá...porque el papá de ellas me ayuda"... "las va a buscar, o se quedan en mi casa ahí, porque como tengo Netflix y esas cosas se quedan ahí con el papa mirando películas y eso." (Karen, 21 años, 3 hijas/os)

“básicamente él (su marido) se ocupa de lo que es arreglos de la casa. Igual si me tiene que ayudar me ayuda. Si ve que estoy muy atareada con los nenes porque lo estoy cambiando a uno o estoy bañando al otro... ayuda, pero básicamente él los arreglos de la casa. Y bueno, yo la comida y entre los dos los nenes porque tampoco es que llega a trabajar y se lava las manos o sea tampoco lo deajo... ‘también ayudas’... Aparte, a veces me veo mucho que yo si estoy todo el día estuve encerrada con los nenes, llega a él y ya es como que bueno ocúpate un ratito...y él está cansado entonces es como que estamos ahí los dos...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“Sí, sí, porque él (su pareja) me ayuda mucho, si le tengo que estar pidiendo yo... porque él no estaba acostumbrado a hacer las cosas.”... “ahora estamos acostumbrados así con él, que me ayuda y todo porque yo muchas veces le he dicho porque si no estaríamos en la misma situación... Y si tuviéramos un hijo, también, me gustaría que sea lo mismo, que él me siga ayudando... porque no debe ser fácil.” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

Aquí se resalta nuevamente la importancia que tiene en la socialización primaria, en el seno familiar, la reproducción de los roles de género y las desigualdades desde la niñez (Aspiazu y Labrunée, 2021), en relación a lo planteado por Valentina sobre las costumbres que ha adquirido su pareja en el entorno familiar de origen.

Así mismo, siguiendo el análisis previo, se observa el hecho de que, en muchas ocasiones, esa “ayuda” a la que se refiere tiene que ver con la incorporación de los varones en la escena doméstica a partir de las tareas consideradas “más calificadas” (Pérez, 2012). En ese sentido, los hombres participan en áreas del hogar que pueden asociarse a trabajos productivos típicamente masculinos, como por ejemplo los arreglos de electricidad, plomería, albañilería, entre otros. Finalmente, en relación a esta cuestión de la implicación de los hombres en el espacio doméstico como una “ayuda” lo expresado por una de las entrevistadas resulta particular en tanto denota dos posiciones encontradas entre la naturalización/normalización y la discusión/advertencia.

“Entonces en ese momento era él el que tranquilizaba la situación y lo hacía dormir y me ayudaba. Bah, me ayudaba no... hacía el rol de padre que tenía que hacer. Pero, pero bueno, como digo a veces hasta terminas diciendo, ‘tuve la suerte de que él lo hiciera’, que en realidad es algo que tendría que hacer lo que le tendría que salir porque es padre también.” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

En las expresiones de Débora puede notarse una reflexión sobre esta cuestión. ¿Es en verdad una ayuda? ¿Debería ser así? O, tal como ella plantea, ¿no es acaso el rol que también deben cumplir los hombres? ¿Acaso referirnos a una ayuda no implica asumir que la principal responsable es la mujer? ¿Por qué se asume de esa manera? En ese sentido... ¿Por qué deben ser las mujeres las principales proveedoras en la provisión intra-hogar de cuidados? En relación a ello, retomamos lo planteado por Rodríguez Enríquez (2007) que indica que la creencia universal de que las mujeres son las que se encuentran mejor preparadas para la realización de estas tareas no es más que ello, una creencia construida socialmente que busca legitimar las prácticas patriarcales hegemónicas.

I.IV. La sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado y la “carga mental”

En línea con lo anterior, se observa en las expresiones de las jóvenes entrevistadas que las responsabilidades domésticas y de cuidado que recaen sobre ellas derivan en situaciones de sobrecarga de trabajo doméstico no remunerado. Esta cuestión se evidencia en las expresiones de las jóvenes que son madres, y esta es una diferencia que, como se ha mencionado anteriormente, no se observa en las expresiones de las dos jóvenes que no son madres. A continuación, se presentan fragmentos de las conversaciones con las entrevistadas en donde se evidencia la sobrecarga de trabajo doméstico no remunerado que, en muchos casos, es expresada en las voces de las jóvenes entrevistadas en sentimientos de cansancio, agotamiento, hartazgo, angustia, etc. Aquí resulta pertinente recordar, como lo plantea Rodríguez Enríquez (2007), que el trabajo de cuidados, pese a ser desarrollado en relaciones intra-familiares afectivas propias de los vínculos interpersonales, muchas veces se realiza implícitamente bajo presiones socioculturales y psicológicas que derivan en sentimientos como los que hemos mencionado.

Malena expresa la sobrecarga en sentimientos como los que recién mencionamos, pero además se observa que en parte atribuye a sí misma, “son trabas que uno se pone”, las limitaciones que son propias de la dedicación exclusiva al trabajo de cuidados.

“me hacía no solo colapsar físicamente y emocionalmente estar todo el día con un recién nacido, que es agotador, es cansador, estar sola todo el día, que no podés ir ni siquiera ir al baño”... “son trabas que uno se pone, el tener todo el tiempo de tener que estar pensando en la casa, en que cocinar, en que falta para comprar, y siendo la única que lo hace, es pesado entonces eso quita las ganas y la disponibilidad para estar jugando con él”... “también lidiar, además de todo lo que tengo que hacer, lidiar con el padre es un peso muy grande...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

Por su parte, Victoria enfatiza en la dedicación horaria que requiere el trabajo de cuidados por ser un trabajo verdaderamente a tiempo completo, sin descansos. Así mismo, en sus expresiones se manifiesta el cansancio y la necesidad de tener tiempo para descansar y “tiempo para ella”.

“...te lleva todo el día, o sea, es como que en el único momento digo descanso es cuando ellos están durmiendo, porque después, es todo el día detrás de ellos”... “Y hay días que estoy muy cansada. Si ponele el nene se enfermó y no dormí en toda la noche. Sí, hay días que estoy cansada para estar cuidando a los dos y me gustaría tirarme un rato en el sillón con el celular ponele... Y hay veces que me superan y ya llega al límite, recién son capaz las tres de la tarde... y entonces decís ‘¿cómo puede ser?’... Y, sí me dan ganas de decir ‘tomá Agus (su hermana), llévatelo. Déjame sola un rato...’ Tiempo para mí”... “ponele, las mujeres siempre tienen que estar atenta a los hijos hasta cuando está durmiendo, ¿entendés? porque el nene no deja de existir porque vos estás durmiendo. El nene sigue necesitando de alguien que sea responsable... Es todos los días, encima eso también todos los días, no es fin de semana y descansar. Y el fin de semana también están los nenes también está la casa y las cosas se ensucian y hay que comer. ¿Entendés? es así...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

Débora comparte desde su experiencia cierta indignación respecto de la creencia generalizada de que por “estar en la casa” la mujer “no hace nada” y discute esta cuestión desde la comparación entre la dedicación al trabajo de cuidados que realiza ella y su pareja. Pone énfasis en las múltiples tareas que realizan las mujeres, a menudo en simultáneo, que derivan en situaciones de sobrecarga y agotamiento.

“...Y vos llega un momento que...por ahí no es que querés dormir, pero sí que te quieres acostar y no escuchar más nada”... “Entonces es como que nada, él (su marido) llega, lo entiendo, que él llega cansado, pero bueno, a veces también le hago entender que yo también estoy cansada, que no se todo el mundo te dice ‘vos estás en la casa, estás al pedo’ y en realidad no estás al pedo, estás haciendo millones de cosas. Es más, a veces decís ‘te cambió me voy yo a la obra y vos quedate a ver qué pasa’... me ha tocado comentarios de mujeres de que te dicen ‘¡Ay, pero estás en tu casa ¿de qué te quejas?!’ entonces vos decís: ‘Sí, pero yo me levanto... o sea, mientras él pibe, o sea, mientras tengo un ojo mirando al nene, qué es lo que está haciendo y con el otro ojo tendiendo la ropa o estoy viendo que cocinar o esas cosas’ ... como que a veces tengo que decirle ‘che, cuida el nene, fijate en tal cosa’ es como ‘uy pero, estoy cansado’... o lo mismo, que se yo...es como que no le sale de él, ponele decirme ‘che anda a bañarte tranquila que yo me ocupo’ como lo que se lo tengo que estar diciendo... o yo me llevo al nene, yo me llevo al nene a todos lados... y por ahí él no, como... ‘Uh, pero ¿tengo que ir con Toto?’... Y si... como hago yo. Esas cosas. Que es como que todavía no, no, no hacen el click los hombres. Como que no pueden cumplir ese rol que nosotras hacemos como estar en mil lugares...” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

Por su parte, la descripción de Ayelén pone de manifiesto otras aristas del trabajo de cuidados que tiene que ver con los cuidados de la salud. Ella cuenta que su hija mayor tiene trastorno mixto del lenguaje y en su rutina ocupan un lugar importante las terapias a las que concurre su hija. En ese sentido, ella destaca que es la principal y casi la única, “prácticamente yo sola”, que se hace cargo de este, y otros, tipo de tareas de cuidado.

“...Claro, son un montón de cosas que me tengo que ocupar prácticamente yo sola, porque un día ir a buscar los informes, de ir allá, a llevarlos, de fijarme si le falta alguna firma, que no le falte nada, que la firma el colegio”... “La verdad que me encantaría que el padre se ocupe un poco más. Porque el padre se ocupa los fines de semana de ellas y prácticamente, no sé yo se las tengo que mandar bañadas, ¿entendés? ponele cosas, cosas tontas, pero así como que se las tengo que mandar bañadas porque no él no las baña porque no le gusta, porque le resulta incómodo, entonces no le gusta bañarlas... Obviamente que si yo se lo pido capaz que lo hace porque un domingo él me las trae y yo tengo un cumpleaños y me las trae a bañadas, pero si puede evitarlo”... “Pero sí es, es un poco injusto, porque yo prácticamente estoy todas las semanas con ellas y trato de llevarlas de acá para allá. Él, ni siquiera las pasa a buscar. No, no va a la escuela, no, no va a las reuniones. No va al doctor, pero bueno...” (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

Carla expresa los sentimientos de sobrecarga y agotamiento en función no sólo de ser la principal encargada del trabajo de cuidado de sus hijos, sino que además señala el cansancio que le implica tener que solicitar repetidas veces que su pareja cumpla con determinadas tareas domésticas.

“...me cuesta pedir que lo que yo limpio se mantenga, qué me molesta un montón porque no me gusta limpiar 20 veces en el día lo mismo... Me cuesta un montón... y no tanto con él, sino más con el papá del nene, del bebé... que es como muy desordenado...es como que le tengo que estar atrás como un nene y si le tengo que estar diciendo ‘che esto’, ‘che lo otro...’, y como que ya llega un punto de que ‘no sos un nene, no te puedo repetir 20 veces lo mismo todos los días’” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

En el caso de Karen, ella manifiesta en diferentes sentidos el cansancio y la necesidad de “tener tiempo para ella”. En ese sentido, expresa la imposibilidad de “hacer algo”, referido a hacer alguna actividad sola sin las/os hijas/os. Así mismo, manifiesta situaciones de angustia frente al agotamiento emocional que genera la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado.

“Eh...no, o sea... como mi casa es chica hago todo yo y trato de hacer todo yo... lo que sí, a veces me cuesta un poco cocinar a la noche porque estoy cansada y no duermo bien a veces, pero después no, estoy bien. Hago todo yo”... “estaría bueno que me den una mano a veces... o sea para yo poder descansar... con los chicos me es imposible descansar”... “Cómo que ahora, nosotros no ponemos muchos límites... y antes... no se suponete yo ahora la pongo en penitencia y no me da bola... le digo algo y no me da bola, o sea, pero tampoco quiero... Yo no soy de pegarle ni nada, pero bueno a veces me dan ganas de reventarle al bebé... y bueno y lloro y trato de hablarle, de explicarle las cosas”... “Y nada... me gustaría tener tiempo para mí... me gusta no sé, arreglarme el pelo... hacerme las uñas... y cosas así... que no tengo el tiempo ahora... no lo hago porque no tengo tiempo”... “Es que prácticamente estoy todo el día con los nenes... más me demanda mucho tiempo el bebé... como no lo viene a buscar mucho el padre y eso... o sea, es imposible ponerle hacer algo...” (Karen, 21 años, 3 hijas/os)

La sobrecarga de trabajo doméstico no remunerado es expresada por una de las entrevistadas con un concepto puntual: la “carga mental”. Pero ¿a qué se refiere esta joven con esa expresión?

“La carga mental es esto de estar pensando... que no hay...en que comemos hoy, en que el nene, si hizo caca o no hizo caca, si tiene que ir al jardín o no tiene que ir al jardín, si le toca esta semana... en las tareas que manda la maestra por el WhatsApp... eh, no sé, en pensar si comió tales verduras toda la semana o no... o si hace una semana está comiendo harinas... eh... si tiene que ir al pediatra, en si se lavó los dientes... en si se bañó... en si me dijo una cosa y de dónde la sacó, y si está...bueno como todas esas cosas...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

A raíz de esta expresión podemos identificar en las voces de las demás entrevistadas manifestaciones similares, aunque no las hayan denominado con ese término. En todos los casos, los dichos vinculados a la “carga mental” se encuentran asociados directamente con

la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que recae, exclusivamente, sobre las mujeres. En ese sentido, las expresiones que siguen a continuación se suman a las expuestas anteriormente.

“Y nada, o sea, y no estar pensando en ‘¡Uy! el nene va a estar mal’, porque eso me comía la cabeza o lo mismo que aquel (su marido) se durmiera y que el nene ande... ¿entendés?”... “El ir a una plaza y tener miedo y estar constantemente encima. Miedo en todo sentido, no solamente de un amigo o cuando vaya el jardín, sino también como a la familia... como que siempre ponele lo dejé con mi mamá... Y ponele, otras personas como que me costaba... el hecho de estar tranquila, decir bueno lo van a cuidar bien. O, qué sé yo, o ciertos pasos como que yo a Toto le tengo una rutina ponele se levanta, toma la leche, después come, juega, se baña... como que tengo muy marcado eso y como que si va a ir a otra casa y como que no es todo igual”... “Pero bueno, yo digo, pero tendría uno más y lo tendría de acá, o sea a 5 años, tipo cuando Toto tenga 5 o 6. Tipo no lo tendría ya... Todos dicen ‘ay, pero los crías juntos’ sí, pero mi cabeza no... Los crío juntos pero mi cabeza no, no sé si da para tanto. Es un montón apenas puedo con uno no, no se teniendo a Toto así y otro...no, que los dos llorando, no, me muero.” (Débora, 26 años, 1 hija/o) “capaz que tendría que bajar tres cambios porque o sea es como que necesito tener todo, así, si no lo haces así me pone mal, me pone nerviosa y me afecta porque me afecta un montón. Imaginate que hay veces que mientras limpio me largo a llorar porque estoy limpiando 20 veces lo mismo, es un ejemplo, o que por ahí el nene se fue al jardín no sé, son mañas, pero por ahí no se puso la chomba adentro del pantalón porque le queda más larga que la campera y me molesta como le queda y también es cómo que es un montón, ya exploto” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

II. Trayectorias educativas y laborales atravesadas por la maternidad y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado.

“...si tuviera la oportunidad de que mis hijas no estuvieran, sería eso... Estudiaría y trabajaría.”
(Aylén, 25 años, 2 hijas/os)

Las trayectorias de vida de las personas se ven determinadas por infinidad de factores. Las distintas esferas de la vida se imbrican en un complejo entramado de relaciones sociales que dan como resultado diversas trayectorias educativas y ocupacionales. En ese sentido, la maternidad y, consecuentemente, la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado emergen como determinantes centrales en la vida de las mujeres.

Las responsabilidades del mundo doméstico vinculadas a los quehaceres cotidianos del hogar y el cuidado de niños y niñas principalmente derivan en situaciones de sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado especialmente para aquellas mujeres jóvenes que son madres. En efecto, se ha puesto en evidencia lo que desde la perspectiva de la economía feminista se afirma, al respecto que las tareas domésticas y de cuidado constituyen un trabajo en tanto son tareas que conllevan la dedicación de horas diarias de estas mujeres a labores que forman parte esencial de la reproducción y sostenibilidad de la vida, corroborado además desde las expresiones de las jóvenes entrevistadas.

Retomando lo planteado por Batthyány et al. (2012), se corrobora además que la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, en muchos casos, deriva en situaciones de exclusión educativa y exclusión del mercado de empleo. A continuación, analizaremos, desde las expresiones de las jóvenes, cómo la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado y la experiencia de la maternidad condiciona sus proyectos de vida, resultando factores claves en las situaciones de desvinculación educativa y del mercado laboral de las mujeres jóvenes entrevistadas.

II.I. ¿Estudiar o Cuidar?: Incidencia de la maternidad y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en las situaciones de exclusión educativa

Al momento de las entrevistas, la situación educativa de las jóvenes es variada. Cuatro de las entrevistadas (Victoria, Carolina, Carla y Karen) no completaron el nivel secundario y no se encuentran estudiando, otras cuatro entrevistadas (Débora, Ayelén, Valentina y María) completaron el secundario, de las cuales, dos de ellas iniciaron una carrera universitaria en el presente año, y, por último, otra de las entrevistadas (Malena) completó una carrera terciaria y actualmente no se encuentra estudiando. Como parte de los resultados hallados en relación a las trayectorias educativas de las jóvenes entrevistadas emerge la existencia de un deseo por una continuidad en las distintas situaciones educativas observadas, independientemente de los niveles educativos que han alcanzado. Al respecto, se observa que existen factores que inciden y derivan en situaciones de exclusión educativa que determinan sus horizontes de expectativas.

En primer lugar, se observa que en los dos casos en que las jóvenes no son madres (Valentina y Carolina) las responsabilidades domésticas y de cuidado que deben asumir no se constituyen como una sobrecarga, al menos no en la magnitud e intensidad como en el caso de las mujeres que son madres. Por lo tanto, al momento de analizar su situación educativa cobran relevancia otros factores que mencionaremos en función de algunas de sus expresiones.

Por un lado, Valentina se encuentra al momento de la entrevista cursando una carrera universitaria, “bibliotecología”, que inició a principios del corriente año. Al respecto ella describe la particular situación que está viviendo en relación a la continuidad de sus estudios.

“...Y así que esa ya la descarté y bueno y me quedan 3. Pero ahora ya se me han ido las ganas igual...Sí, porque como no tengo internet no puedo ver las clases. Y en las clases prácticamente te explican todo”... “Claro estaba, todos los días también en lo de mi mamá... y bueno como que empecé a sentir que molestaba, y no quise cruzar más, por la computadora y eso...Y el celular, estar cargando todos los días es plata porque encima las clases duran 1 hora y media más o menos.” (Valentina, 21 años, sin hijas/os)

Esta cuestión pone de manifiesto que se trata de una situación educativa inestable y una precaria inclusión/inserción en los estudios superiores. Retomando lo planteado por Levín et al. (2007), la existencia de desigualdades socioeconómicas pone en evidencia la condición de privilegio de un reducido sector de la sociedad que es la que se encuentra en condiciones de acceder a mayores niveles educativos. Asociado a esto, son los y las jóvenes pertenecientes a los hogares de menores ingresos los que se vieron más afectados por la modalidad que adquirió el sistema educativo a causa de la pandemia por el Covid-19,

evidenciado en parte por las limitantes al acceso a servicios de internet en el hogar y a dispositivos electrónicos, profundizando desigualdades preexistentes (UNICEF, 2020; CEPAL, 2020).

Por otro lado, Carolina al momento de la entrevista no se encuentra estudiando y menciona que le quedaron pendientes los últimos años de la educación secundaria. Como hemos analizado en la sección anterior, sus motivos de desvinculación educativa son distintos de la incidencia de la maternidad y de la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerados. Sin embargo, ella plantea, en relación a lo que tiene que ver con la planificación familiar, algo que resulta interesante y que sirve de inicio para lo que continuaremos analizando en esta sección. En sus expresiones se pone de manifiesto la disyuntiva entre estudiar/trabajar y tener un hijo, cuestión a la que subyace la realidad de que la maternidad y la dedicación a trabajos domésticos y de cuidados no remunerados tienen una gran incidencia en las trayectorias laborales y educativas.

“...estaba segura yo de tener un hijo, pero después bueno, se me confundió todo sobre los estudios todo que quiero terminar los estudios que quiero empezar a trabajar y entonces dije que no, que por el momento no...” (Carolina, 20 años, sin hijas/os)

En segundo lugar, y retomando la idea de que existen factores que inciden y derivan en situaciones de exclusión educativa, analizaremos a continuación esta cuestión en relación a los casos en que las jóvenes son madres. En principio, se puede observar de manera explícita en las expresiones de algunas entrevistadas la incidencia del episodio de un embarazo en la continuidad educativa. En ese sentido María, Ayelén y Débora manifiestan que al momento en que quedaron embarazadas dejaron los estudios y se “dedicaron” a sus hijos exclusivamente.

“...después dejé ahí, porque había quedado embarazada, lo dejé... no hice más el estudio secundario... entonces me dedico a mi hijo...” (María, 28 años, 4 hijas/os)

“Las rendí hace poco. Porque estaba embarazada, y no quería saber nada de la escuela...En ese tiempo era solamente pensar en mi hija, solamente en ella, no quería saber nada.” (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

“Sí, ahora voy a arrancar la enfermería. O sea, yo lo había arrancado cuando quedé embarazada, o sea, quedé embarazada y como en ese momento en el HPC, entonces en ese momento era presencial... entonces justo yo tenía que parir y no me coincidían las fechas, no podía presenciar las clases y bueno lo dejé...” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

Así mismo, puede observarse que esta cuestión de la dedicación a los hijos aparece también expresada en contraposición a una dedicación a ellas mismas y sus carreras personales. Con respecto a esto, Carla menciona que le gustaría estudiar una carrera universitaria y las dos opciones que le gustan son privadas (aranceladas). En ese sentido, ella plantea el problema poniendo el énfasis en la escasa disponibilidad de tiempo más que en la cuestión económica: más allá de que pueda pagarlo, la dificultad para ella está en “no llegar” con el tiempo para hacer la carrera.

“Me gusta la de recursos humanos que la dan en la universidad de siglo 21, a distancia todo, pero también es paga... y me gusta la de

instrumentadora quirúrgica que también es paga... Y salen recontra caras así que es como que las vengo estirando hasta que pueda o sea porque tengo miedo de... no de pagarlo porque sí, bueno, si lo pago, puedo pagarlo, el tema es pagarlo y encima tener el tiempo de hacerlo... Y ahora el tiempo no me alcanza, si me tengo que sentar a estudiar encima de todo lo que hago. No sé, no sé. No llevo, no hay chances..." (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

En relación a la cuestión de incompatibilidad de los tiempos que demanda el cuidado de niños/as y el tiempo que demanda un estudio superior, Malena plantea que si bien le gustaría continuar estudiando prefiere postergarlo hasta que su hijo crezca más y la demanda de cuidados disminuya relativamente.

"Si, me pasa que me gustaría mucho estudiar alguna carrera...en este momento como que prefiero dejarlo en stand by hasta que Luca crezca un poco más, sobre todo, porque se lo que una carrera tal vez universitaria conlleva, demanda... y ya me parece como un montón lo que me demanda mi hijo..." (Malena, 27 años, 1 hija/o)

En ese sentido, Ayelén también plantea en retrospectiva que siempre pensó podría dedicarse a ella y a su carrera cuando sus hijas "estén más grandes" y "sean más independientes".

"Yo siempre dije, cuando ya estén más grandes, cuando pueda tener, aunque sea... ellas sean un poco más independientes, en cierta forma, que se queden con alguien y yo puedo hacerlo. Sí, ahí yo me iba a dedicar a mí, en mi carrera, lo que yo quería. Pero Mientras tanto, no..." (Ayelén, 25 años, 2 hijas/os)

Por otra parte, Malena plantea que se le presenta como dilema la dedicación a la maternidad y el trabajo de cuidados, por un lado, y la dedicación a su crecimiento profesional, por otro. En ese sentido, las expresiones de Malena pueden ser interpretadas en relación a la escisión producción/reproducción. Así pues, aquí entran en el análisis los sentidos otorgados, por un lado, a la maternidad y a la dedicación en exclusiva a los procesos que sostienen la vida, y, por otro lado, la dedicación a un desarrollo profesional que puede estar más asociado al mundo mercantil y los procesos de producción.

"...es como bueno una eterna contradicción interna porque no es que lo estoy juzgando ni nada, pero no soy una mina que está pensando en su crecimiento profesional y laboral... o sea... y que no me parece fundamental tampoco en mi vida... como la voy viviendo ahora." (Malena, 27 años, 1 hijo/a)

Finalmente, otra de las cuestiones observadas en relación a la incidencia de la maternidad y la dedicación a los trabajos domésticos y de cuidados no remunerado en las trayectorias educativas de las jóvenes tiene que ver con la planificación de la continuidad educativa en función de la escolarización de sus hijos. En relación a ello, Victoria plantea que le hubiera gustado poder hacer distintas actividades, entre ellas estudiar, y planea a futuro continuar sus estudios cuando su hijo más chico inicie el jardín.

“...se me complicaba por los horarios, y como él iba a empezar el jardín por ahí que seguramente, pero bueno, fue a principio de año que quedé embarazada, y bueno”... “Ahora hoy en día, si me arrepiento un montón de cosas. Porque ando con los nenes, me hubiera gustado estudiar algo también, hacer algún ejercicio, natación... haberme metido en algún club”... “...el año que viene, por ejemplo, que voy a estar sola, empezar a estudiar, estudiar algo. Claro, el año que viene claro, como voy a estar sola en ese sentido (porque el hijo más chico comienza a ir al jardín). Pero ahora cómo los tengo a los 2 o sea como medio complicado...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

En similar sentido, Débora manifiesta que ha planificado sus próximos años en función del avance escolar de su hijo que se encuentra próximo a iniciar el jardín.

“...y ahora que Toto ya va a arrancar el colegio el año que viene decidí, ahora en junio ya anotarme para arrancar...enfocarme en el estudio. Enfocarme en poder hacer la carrera en esos 3 años... cosa que Toto ya arranque la primaria y yo ya tener la carrera terminada.” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

En suma, se corrobora que la experiencia de la maternidad y la consecuente sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado resulta un factor clave de las situaciones de exclusión/desvinculación educativa que vivencian las jóvenes entrevistadas. Esto se evidencia en las expresiones de las jóvenes en las que manifiestan que los tiempos que les demanda la maternidad y el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que ellas realizan no les resultan compatibles con los tiempos necesarios para dedicarse al estudio. Así mismo, en sus expresiones se manifiestan los deseos por continuar estudiando y las posibles planificaciones a futuro que ellas realizan que tienen que ver fundamentalmente con la posibilidad de dedicarle más tiempo a sus estudios en el momento en que sus hijos e hijas crezcan y asistan al jardín/escuela. En ese sentido, cobra relevancia el rol que cumplen los establecimientos educativos en la función de cuidados y se pone de manifiesto, por defecto, la importancia de la provisión pública de servicios de cuidado.

II.II. ¿Trabajar en el mercado o trabajar cuidando?: Incidencia de la maternidad y la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en las situaciones de exclusión laboral.

Una de las cuestiones que se advierten en las expresiones de las entrevistadas son las tensiones entre la función de cuidados y la necesidad de generar un ingreso. En ese sentido, las jóvenes manifiestan el dilema entre, por un lado, tener un empleo y pagarle a una niñera para que cuide a sus hijos o, por el otro, no trabajar remuneradamente y ahorrarse los costos de adquirir servicios de cuidado en el mercado -si es que pudieran- a costa de proveerlos ellas mismas. Aquí es preciso recordar que no se trata de simples opciones y, recuperando lo planteado por Rodríguez Enríquez (2007), advertir que el acceso a estos servicios de cuidado es para gran parte de la población algo muy costoso en sus presupuestos y no logran acceder a ellos, situación que se convierte en un círculo vicioso: las mujeres que no logran acceder económicamente a servicios de cuidado mercantilizados hacen distintos arreglos en su dinámica cotidiana que resulta en una inserción laboral

nula/intermitente, precaria y de ingresos insuficientes limitando una vez más su posibilidad de acceso a contratar servicios de cuidado.

“...pensar que voy a hacer con Luca todo ese tiempo, si le tengo que pagar a alguien que lo cuide...termino cambiando el dinero... eh... él se pierde la posibilidad de estar con su madre y yo con mi hijo, y de vernos crecer...”
(Malena, 27 años, 1 hija/o)

Así mismo, las jóvenes expresan en relación a estas tensiones que les parece importante tener una presencia más exclusiva en los cuidados en la etapa de crecimiento de sus hijos e hijas.

“...la verdad que siendo madre hoy... y entendiendo todo lo que respecta a la crianza de mi hijo... si tuviera la posibilidad de no tener que irme a trabajar afuera, si alguien me pagara por mi trabajo de madre básicamente no elegiría... sobre todo por saber que Luca tiene tres años hoy y que nunca más va a volver a tener tres años y todo lo que entiendo que necesita un niño para crecer, no? ojo no pienso que no lo tenga si la madre sale a trabajar, si tenemos que salir nosotras las mujeres a trabajar y tal.. pero pudiendo elegir elegiría quedarme con él...” (Malena, 27 años, 1 hija/o)

“Y decís ‘ahora no puedo volver el tiempo atrás, no puede volver a ser chiquito’. Y te das cuenta de eso... Por eso también es como que yo también dije ‘está bien, necesito la plata del laburo, pero también quiero estar presente para mi hijo’. Quiero que él, no sé, se acuerde, ¿entendés? de cuando no sé vamos a la plaza o momentos... o decir ‘si mi mamá estuvo presente conmigo’” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

“...ponele estuve muy ausente toda la infancia de él, porque trabajaba demasiado tiempo porque si no, no llegaba, entonces ya después llegó un momento que dije, bueno, ya fue... cuando me junté con el papá del nene... me dediqué a estar más con él y verlo más crecer a él... Me había perdido montón de cosas ya, pero bueno...” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

Al igual que sucede con la situación educativa, desde las expresiones de las mujeres jóvenes entrevistadas se pone en evidencia la incidencia que las experiencias de la maternidad y la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado tienen en las situaciones de exclusión/desvinculación laboral que ellas vivencian. En principio, se observa de manera explícita en las expresiones de algunas entrevistadas la incidencia del episodio de un embarazo en la continuidad laboral.

“Bastante...Hasta que quedé embarazada y tenía 6 meses y seguía yendo, Ya a los 6, 7 meses ya dejé de ir porque como iba en bici. Pero fui bastante tiempo ahí...Si igual no trabajé más desde ese momento...” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

“se terminó, porque ya estaba por parir un poco más (refiere a su primer embarazo), y no podía estar tanto tiempo parada, trabajaba como 12 o 13 horas por día”... “bueno hasta que... hasta los 8 meses de embarazo (refiere a su segundo embarazo) trabajé y nada trabajé hasta ahí y después empecé a hacer las facturas acá en casa...” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

En un sentido similar a lo planteado por Victoria, otra de las entrevistadas, María cuenta que luego de su desvinculación laboral a causa de su embarazo se ha dedicado a buscar trabajo, pero las pésimas condiciones que le ofrecían hicieron que decidiera invertir su tiempo en trabajar por su cuenta vendiendo artículos desde su hogar. Como veremos luego, esto guarda relación con las limitaciones para acceder a la contratación de servicios de cuidado mercantilizados.

“...empecé en el invierno, no me acuerdo si era en junio o julio, algo así... y trabajé hasta el verano, porque después andaba descompuesta yo... me sentía muy mal... y resulta que estaba embarazada de mi tercer hijo... así que me descomponía mucho, y no podía ir... se me bajaba la presión o los olores me hacían mal... entonces, no fui más”... “...después no... me he dedicado a buscar, pero como que no me llamaba la atención la forma de pago, o lo que te querían pagar, las horas. Entonces para estar 8 horas y te paguen 2 pesos, prefiero invertir en algo yo, trabajar yo, y manejar mis horarios yo...” (María, 28 años, 4 hijas/os)

Así mismo, Débora también plantea que a causa de su embarazo deja de concurrir a su trabajo. Sin embargo, es preciso señalar la diferencia entre su situación y la de, por ejemplo, Victoria o Carla. El acceso a un empleo registrado le otorga a Débora la posibilidad de acceso a derechos laborales, como por ejemplo en este caso, el acceso a una licencia por maternidad. Esta situación se contrapone a la situación explícita de Victoria que cuenta que no vuelve a trabajar, en un empleo remunerado, a partir del momento en que deja de trabajar cuando transcurre su embarazo.

“Cuando estuve embarazada, si trabajaba ahí y hasta los 4 o 5 meses trabajé y después yo quede embarazada en o sea me enteré en agosto y trabajé hasta diciembre. Eh, porque, ¿qué me empezó a pasar? cuando empecé a ir en el transcurso yo iba en colectivos y me empezó el calor y me empezó a bajar la presión, entonces hablé con él de recursos humanos y me dijo “no Debo” y me dice: ‘es tu primer embarazo, prefiero que vayas hables con el obstetra y que te dé licencia’, me dice, ‘porque a mí me da miedo, porque si acá se te baja la presión no pasa nada y se llama a la ambulancia y listo, pero si te llega a pasar yendo o viniendo’...” (Débora, 26 años, 1 hija/o)

Por otra parte, como hemos mencionado anteriormente, la posibilidad de contratar servicios de cuidado mercantilizado, o también la posibilidad de derivar las responsabilidades de cuidado en algún familiar, inciden en las trayectorias laborales de las jóvenes. En ese sentido, Carla cuenta que en los episodios en que se encontraba trabajando podía derivar el cuidado de su hijo bajo la responsabilidad de su madre, y si no, en tal caso, tenía los recursos como para contratar una niñera.

“...en realidad se lo dejaba a mi mamá y cuando no podía mi mamá, se lo dejaba a la niñera... que era una amiga mía, una conocida mía. Yo iba a trabajar y cuando volvía ella siempre me hacía casi todo, dejaba la casa, todo limpito. Capaz que a él ya lo había dejado comido y todo eso, lo que tenía que hacer yo era comer yo, bañarme y ya está.” (Carla, 23 años, 2 hijas/os)

En oposición a la situación de Carla, cuando esas opciones no aparecen (derivar o contratar cuidados), aparece otra situación en la que se observan ciertos arreglos particulares. En ese sentido, una de las entrevistadas expresa que aceptó el trabajo de cuidar a los hijos de su vecina dado que era un trabajo que le permitía cumplir al mismo tiempo con las responsabilidades de cuidado de sus propios hijos. Así mismo, ella expresa que no ha buscado otros trabajos dado que para que sea factible para ella asistir a otro tipo de empleos debía contratar servicios de cuidado y su disponibilidad de recursos para ello implicaba que simplemente sea un intercambio de dinero sin permitirle que los ingresos obtenidos alcancen más que para pagar una niñera.

“...yo este trabajo lo agarré porque, o sea, voy con mis hijas, y el papá de mis hijas me da una mano de cuidarlas a ellas... pero después no busque nada porque no, o sea, he buscado trabajos, pero... como me pagaban, y tenía que pagar una niñera y al final trabajaba para la niñera nomás... (Karen, 21 años, 3 hijas/os)

Finalmente, al igual que sucede en las situaciones de desvinculación educativa, se observa en relación a las situaciones de exclusión laboral la posible planificación que realizan las jóvenes en función de la escolarización de sus hijos.

“Eh... iba a empezar ahora que él empieza a ir al jardín, si conseguía y si tenía suerte, pero quedé embarazada, así que..., y no, es imposible... porque tenés que pensar con quien dejarlo... o pagás una niñera o... la ganancia del trabajo la pagás en una niñera, entonces es medio difícil”... “Si, había pensado buscar algo que me dejara cuatro horas, las que él estaba en el jardín, hacer algo, cualquier cosa...había pensado, porque en realidad este embarazo no lo habíamos planeado, ya me había empezado a hacer la cabeza de que me iba a independizar, por el tema como él iba a empezar el jardín, después la escuela, iba a tener más tiempo para hacer otras cosas no en la casa.” (Victoria, 29 años, 2 hijas/os)

En suma, se pone de manifiesto que las mujeres jóvenes se desvinculan del mercado de empleo, en la mayoría de los casos, debido a que dedican su tiempo al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, situación que ocurre fundamentalmente en el caso de las mujeres jóvenes que son madres. En ese sentido, también se pone en evidencia, tal como se ha mencionado anteriormente, la persistencia de las desigualdades de género y la división sexual del trabajo al interior de las configuraciones familiares a raíz de una organización familiarista y feminizada del cuidado, rasgo que toma preeminencia por sobre el desarrollo profesional o laboral de las jóvenes.

Consideraciones finales

El trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que las mujeres, especialmente aquellas que son madres, realizan son las que permiten que sus hijas e hijos crezcan y se eduquen, y que otros miembros de sus familias accedan al mercado laboral y dediquen sus horas al trabajo remunerado. En relación a las dinámicas familiares cotidianas y la dedicación de las mujeres al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, se observan diferencias entre los hogares con hijas/os y los hogares sin hijas/os. Las jóvenes que no son madres, si bien realizan actividades de cuidado para otros que no son sus hijas/os (sobrinas/os, primas/os) se evidencia que la

responsabilidad del cuidado de esos niñas/os no recae sobre ellas y por lo tanto, las tareas de cuidado a las que ellas acuden no constituyen en sí una sobrecarga en tanto la magnitud e intensidad de las mismas es muchísimo menor que en el caso de aquellas mujeres que son madres. Así mismo, en las familias en las que las jóvenes conviven con el padre de sus hijos, se observa que los hombres dedican significativamente menos horas al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado y, en muchos casos, la implicación en dicha labor se reduce a asistir en el cuidado de los hijas/os (parte lúdica de la crianza) mientras las mujeres continúan realizando otras tareas domésticas.

Las mujeres recurren a distintas estrategias para gestionar el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, y entre ellas se destacan las redes de cuidado que tienden entre distintas mujeres de su entorno cercano. En estas redes, las mujeres colaboran entre sí para aliviar la carga de cuidado o solucionar alguna necesidad puntual en la organización del tiempo y actividades. Como hemos mencionado las responsabilidades domésticas y de cuidados que recaen sobre las jóvenes, especialmente aquellas que son madres, derivan en situaciones de sobrecarga que se expresan en las voces de las entrevistadas como sentimientos de angustia, agotamiento, cansancio, hartazgo, etc. La sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado se cristaliza en un concepto al que recurrió una de las entrevistadas para explicar la situación: la carga mental. Este concepto refiere a trabajo físico, emocional y también mental que realizan las mujeres, especialmente aquellas que son madres, al tener que pensar, gestionar y administrar todas las actividades que se requieren para que sus hijas/os y otros miembros de sus familias tengan las condiciones de cuidado y bienestar necesarias para crecer y vivir adecuadamente.

Las situaciones de exclusión/desvinculación educativa encuentran distintos motivos. Por un lado, en el caso de las jóvenes que no son madres cobran mayor importancia cuestiones vinculadas a la existencia de desigualdades socioeconómicas que evidencia que para algunas jóvenes la situación educativa sea inestable y exista una precaria inclusión/inserción en los estudios superiores. En ese sentido, se evidencia la condición de privilegio de un estrecho sector social que accede a mayores niveles educativos. Así pues, el contexto actual puso en evidencia que son los hogares de menores ingresos los que se vieron más afectados por la modalidad que adquirió el sistema educativo a causa de la pandemia por Covid-19, profundizando desigualdades preexistentes.

Por otro lado, las situaciones de exclusión/desvinculación educativa en el caso de las mujeres que son madres encuentran estrecha relación con la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Así pues, los episodios de embarazo inciden explícitamente en la continuidad educativa de las mujeres. La dedicación a las/os hijas/os se presenta en detrimento o contraposición a una dedicación a las mujeres mismas y sus carreras personales. Así las jóvenes manifiestan que podrían dedicarse al estudio en la medida que sus hijas/os crezcan y sean más “independientes” y la demanda de cuidados disminuya al menos relativamente. Es por ello también que ellas manifiestan una posible planificación a futuro en función de la escolarización de sus hijas/os.

Así mismo, se advierten tensiones entre la función de cuidados y la necesidad de generar un ingreso. Esto es explicado en relación al dilema entre tener un empleo y pagarle a una niñera para que cuide a sus hijas/os, o por otro lado, no acceder a un empleo y ocuparse ellas mismas de las necesidades de cuidado. Este dilema se resuelve de distintas maneras, y no implican simplemente opciones. En ese sentido, se evidencia

que el acceso a la posibilidad de contratación de servicios de cuidado mercantilizados es algo muy costoso para el presupuesto de hogares provenientes de sectores sociales más vulnerados y como consecuencia, la privación de acceso a estos servicios deriva en situaciones de inserción laboral nula/intermitente y precaria de las mujeres y por lo tanto, ingresos insuficientes provocando esto un círculo vicioso en el que se reproducen desigualdades de género y desigualdades socioeconómicas.

Al igual que sucede con la situación educativa, la situación de exclusión/desvinculación laboral se ve incida por las experiencias de maternidad y por la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. En primer lugar, el episodio de un embarazo muestra una incidencia explícita en las situaciones de discontinuidad laboral en todos los casos de las jóvenes que son madres. Sin embargo, se presentan diferencias en virtud de si existe posteriormente una revinculación laboral luego del embarazo. Se advierten situaciones en las que desde el momento del embarazo no han accedido a otro empleo, otros casos en los que continuaron con algún empleo desde su hogar (vendiendo artículos por catálogo, por ejemplo) y otro caso en que la joven recientemente accedió a un empleo como cuidadora de las/os niñas/os de su vecina dado que era un trabajo que le permitía cumplir al mismo tiempo con las demandas de cuidado de sus propias/os hijas/os (llevaba a sus hijas/os a la casa de la vecina). Se presenta como excepción a estos casos la situación de la joven que tiene un empleo registrado, y, a raíz de esto, se observan las desigualdades intra-género en virtud del acceso a un empleo registrado y los derechos laborales que ello implica (en este caso, acceso a licencia por maternidad, por ejemplo).

Por último, al igual que en las situaciones de exclusión educativa, se observa en relación a las situaciones de exclusión laboral las expresiones de las jóvenes que manifiestan una posible planificación futura en función de la escolarización de sus hijos. En suma, se corrobora que las cargas de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado derivan, en la mayoría de los casos, en situaciones de exclusión educativa y del mercado de trabajo. En ese sentido, la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, especialmente en las trayectorias atravesadas por la maternidad, condiciona los proyectos de vida de las mujeres jóvenes.

Finalmente, en función de todo lo desarrollado se advierte la importancia de políticas públicas de inclusión educativa y laboral que tenga en cuenta la problemática específica de las mujeres jóvenes, específicamente aquellas con responsabilidades de cuidado a su cargo. Así mismo, se advierte la importancia de políticas públicas de cuidado articuladas en favor de una mejor distribución familias-estado en la organización social del cuidado, al tiempo que contribuyan a reducir las desigualdades de género en las lógicas familiares. Así mismo, la profundización de la crisis de los cuidados y con ello, el rol de cuidadoras de las mujeres, producto de la pandemia por Covid-19 visibilizó la lógica de desigualdad que se reproduce en tanto la sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado recae principalmente sobre las mujeres, y condiciona aún más su inclusión laboral-educativa, especialmente aquellas provenientes de sectores más vulnerados.

Bibliografía

- Arendt, H. (2016) *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Arriagada, I. (2007) Transformaciones de las familias y políticas públicas en América Latina. Carbonero Gamundí M. A. y Levín S. (comp.) *Entre Familia y Trabajo: Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, 1ed., 49-78. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Aspiazu, E., y Labrunée, M. E. (2021). Perspectiva de género en el trabajo infantil. Buenos Aires: Organización Internacional del Trabajo. ISBN 978-922-035713-2
- Balbo L. (1979) La doppia presenza. *Inchiesta*, n°32.
- Batthyány, K., Genta, N., y Tomassini, C. (2012). Mujeres jóvenes que cuidan pero no estudian ni trabajan en el mercado. *Argumentos que transforman* – N°2. Montevideo: Inmujeres. Departamento de Sociología de la F.C.S. de la Universidad de la República.
- Berga, A. (2015). Los estudios sobre juventud y perspectiva de género. *Revista de Estudios de Juventud*. Documentos 10. (110), 191-199. ISSN-e 0211-4364
- Carrasco, C. (2006) La economía feminista: una apuesta por otra economía. Miranda M. (Coord) *Estudios sobre género y economía*. 29-62. ISBN 8446024330
- Castilla, M. V. (2011) Miradas maternas de la paternidad. Felitti, K. (coord.). *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*. 259-276. Buenos Aires, editorial Ciccus.
- CEPAL (2020). La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe. Informes Covid 19. Abril de 2020.
- Cutuli R. y Aspiazu, E. (2015) Las políticas de cuidado infantil en Argentina. Aportes para su clasificación y evaluación. Lanari, M.E. y Hasanbegovic, C., (Eds.) *Mujeres de Latinoamérica. El presente en veintidós letras*. Mar del Plata: EUEM.
- Cutuli, R. (2019) *Del trabajo a la casa...: mujeres y precarización laboral en la industria pesquera marplatense 1990-2010*. 1ª ed – Mar del Plata: EUEM. ISBN 978-987-4440-51-8.
- D’Alessandre, V. (2013). Soy lo que ves y no es. Adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en América Latina. *Cuadernos SITEAL*.
- Dávila Rivas T. (2017) ¿Ni estudian ni trabajan? Desestabilizando la categoría NiNi desde la economía feminista de los cuidados. Ivonne FarahHenrich et al. *Nuevas problemáticas de género y desigualdad en América Latina y el Caribe* - 1a ed . – CABA. CLACSO.
- De León G. (2017) Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social. CIPPEC Documento de trabajo, 158.
- DGEyC (2017) Dirección General de Estadística y Censos. Encuesta sobre Uso del Tiempo en la Ciudad de Buenos Aires UT-CABA 2016.
- Elizalde, S. (2006). El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles. *Última década*, 14(25), 91-110.
- Esquivel, V. (2012a). Introducción: hacer economía feminista desde América Latina. *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, 24-41.
- Esquivel, V. (2012b). El cuidado infantil en las familias. Un análisis en base a la Encuesta de Uso del Tiempo de la Ciudad de Buenos Aires. Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado, 76-106.
- Feijoó M. (2015) Los ni-ni una visión mitológica de los jóvenes latinoamericanos. *Revista Voces en el Fenix*, p.22-31.

- Follari, J. (2014) Hacer una historia de vida: decisiones clave durante el proceso de investigación, *Athenea Digital*, 14 (3).
- Franzoni, J. M. y Camacho, R. (2007) Equilibristas o malabaristas..., pero ¿con red? La actual infraestructura de cuidados en América Latina. Carbonero Gamundí M. A. y Levín S. (comp.) *Entre Familia y Trabajo: Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, 1ed., 117-146. Rosario: Homo Sapiens Ediciones
- Gentile, N. (2018). Jóvenes desiguales: ¿realización de actividades domésticas desiguales? Un estudio a nivel local. Comunicación presentada en VI Reunión Nacional de Investigadores/as en Juventudes de Argentina, Córdoba [ARG], 14-16 noviembre 2018.
- Hochschild, A. R. (2011). La geografía emocional y el plan de vuelo del capitalismo. *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Madrid: Katz Editores.
- INDEC (2014a) Encuesta Sobre Trabajo No Remunerado Y Uso Del Tiempo. Resultados por jurisdicción. Tercer Trimestre De 2013. Buenos Aires, 10 de julio de 2014.
- INDEC (2014b) Encuesta Sobre Trabajo No Remunerado Y Uso Del Tiempo. Resultados Preliminares | Tercer trimestre de 2013. Buenos Aires, 7 de abril de 2014
- Levín S., Campostrini A., Sosa R. y Voras C. (2007) La política de género de las políticas públicas en Argentina. Carbonero Gamundí M. A. y Levín S. (comp.) *Entre Familia y Trabajo: Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, 1ed., 203-240. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Medialdea, B. (2016). Discriminación laboral y trabajo de cuidados: el derecho de las mujeres jóvenes a no elegir. Atlánticas. *Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1 (1), 90-107.
- Miranda, A. (2015). Sobre la escasa pertinencia de la categoría NI NI: una contribución al debate plural sobre la situación de la juventud en la Argentina contemporánea. *Revista Latinoamericana de Políticas y Administración de la Educación*, 2(3), 60-73.
- Pérez Orozco, A. (2006) Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados. Madrid: Consejo Económico y Social. ISBN 84-8188-264-X
- Pérez Orozco, A. (2012). Prólogo. *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, 24-41.
- Pérez, I. (2012) El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970. Buenos Aires: Biblos. *Estudios de Teoría Literaria Revista digital: artes, letras y humanidades* Año 5, Nro. 10, septiembre 2016 Facultad de Humanidades - UNMDP
- Rodríguez Enríquez, C. (2007) Empleo femenino, economía del cuidado y políticas públicas. Algunas consideraciones desde la evidencia argentina. Carbonero Gamundí M. A. y Levín S. (comp.) *Entre Familia y Trabajo: Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, 1ed., 177-202. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Rodríguez Enríquez, C. (2015) Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva sociedad* (265).
- Silveira, S. (2001). La dimensión de género y sus implicaciones en la relación entre juventud, trabajo y formación. Pieck E. (coord.) *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, 457-492.
- UNICEF (2020). Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana". Buenos Aires: UNICEF.

Wainerman, C.(2007) Familia, trabajo y relaciones de género. Carbonero Gamundí M. A. y Levín S. (comp.) *Entre Familia y Trabajo: Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, 1ed., 147-176. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.